

## MITRE Y SU FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Por DIEGO F. PRÓ

Mitre es, entre los hombres de la generación de los Constituyentes, el que mayor y más seria conciencia tuvo de la importancia y la significación de la cultura. Esta afirmación se puede verificar en algunos documentos y hechos de interés para la historia de la cultura argentina. Entre los primeros figuran la carta-prefacio de su libro de versos *Rimas*, el prólogo a su novelita dramática *Soledad*, su carta-estudio a Don Miguel Ruiz acerca de la posibilidad de un curso de literatura argentina y americana y algunos capítulos de su obra *Comprobaciones históricas*. Hay que mencionar también su compilación y ordenación del *Archivo de San Martín*, del *Archivo de Belgrano* y de los de Pueyrredón, Artigas, Rivadavia y otros próceres. Entre los segundos, sólo recordemos un hecho: cuando Mitre estuvo exiliado en Bolivia y de allí lo echaron hacia el Perú, de camino pidió permiso a la guardia que lo custodiaba para estudiar las ruinas de Tiahuanaco. ¡Y las estudió!

En todos los trabajos mencionados se advierte la conciencia profunda, erudita y personal, esto es, seria, que Mitre tenía de la poesía, la novela, el quehacer historiográfico y la filosofía. Como introducción a nuestro estudio de la filosofía de la historia, consideramos sucesivamente las páginas aludidas.

## 1. *Carta prefacio de Rimas*

Esta carta - prefacio está dirigida a Sarmiento. Escrita en Buenos Aires, el 1 de marzo de 1854, responde a una alusión del escritor sanjuanino en *Impresiones de viajes* (1849), donde en uno de sus capítulos llama a Mitre "poeta de vocación" y luego emprende una diatriba contra la poesía y los poetas. Atribuye el cultivo y la abundancia de poesía en hispanoamérica a la herencia española. Señala en dicha herencia sus aspectos negativos, tales como las mentes elevadas y ociosas que se remueven y agitan en la nada, inhábiles para el comercio, negadas para la industria, la técnica y las artes; falta de luces para cultivar las ciencias, que en su lugar producen a veces monólogos sublimes, pero estériles siempre.

La ascendencia filosófica de estas ideas de Sarmiento se encuentran en el romanticismo social de su formación de autodidacto, hecha a salto de mata, en contacto con algunos hombres importantes de la generación de 1837, tales como Antonino Aberastain, Santiago Cortínez, Benjamín Villafañe, M. J. Quiroga Rosas, todos en San Juan, y durante su vida en Chile, sus trato con Vicente Fidel López, Juan Bautista Alberdi, algunos chilenos importantes como José Victorino Lastarria y Manuel Rivadeniera.

La carta prefacio de Mitre no obtuvo respuesta de Sarmiento, no porque éste no pudiera hacerlo, pues bien conocemos el carácter intrépido y no retraído de Sarmiento, sino porque Mitre situó la cuestión de la esencia de la poesía a una altura y con una seriedad que Sarmiento, hombre de indudable talento, pero de cultura no muy organizada, no tuvo nada que decir.

Mitre en su carta - estudio comienza situando la poesía entre las artes. Para ello tiene en cuenta los estudios de los románticos alemanes, ingleses y franceses. Se documenta en Herder, Richter, Schlegel, Locke, Jouffroy y otros. Para situar la poesía recuerda la clasificación que Kant hace de las artes, en artes del espacio (pintura, escultura y arquitectura) y artes del tiempo (música, danza, poesía).

Mitre tiene juicio propio en la cuestión. Sostiene que la poesía es arte de síntesis. De las artes del espacio, de la pintura en particular, conserva la imagen y el color; de las artes del tiempo, mantiene la cadencia, la armonía de las palabras, el ritmo, la rima y la medida. La poesía muestra otro elemento, el pensamiento y la filosofía.

No vamos a seguir aquí la estética literaria de Mitre, que ha sido estudiada detenidamente por Mariano de Vedia y Mitre en su libro *Defensa de la poesía*<sup>1</sup>. Sólo queremos indicar la importancia y significación cultural que la poesía tiene para nuestro autor. La sitúa en el vértice de la pirámide formada por las otras artes, la ciencia y la filosofía. Está en la cúspide, desde donde se otea el horizonte de lo sublime, lo eterno y el bien. Todas las caras de la pirámide concurren a ese punto final. De allí que la poesía sea el encuentro y la síntesis de todas ellas. En este sentido es superior a todas, incluyendo la ciencia y la filosofía. Tal es el lugar que Mitre da a la poesía en la cultura y en su propia concepción del mundo.

La poesía tiene su origen en la naturaleza, en el sentido de *Physis*, y en la naturaleza humana. En el hombre es mediadora entre lo natural y lo moral. Esta interpretación de Mitre es también la de Schiller, romántico alemán que desarrolla las ideas de Kant en la *Crítica del juicio*. Si se prescinde de la poesía en la vida humana, se desorganiza la personalidad, porque la superación del dualismo entre el hombre natural y el hombre moral se encuentra en la poesía. Esta es la más alta actividad espiritual del hombre. Poesía son también para Mitre los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento. Pareciera ocupar, de este modo, el lugar de la religión.

A Sarmiento le dice: "No extrañará, pues, que a despecho de la oposición de hombres como usted, la poesía haya conquistado una alta posición, y que, en cada día que pasa, extienda y afirme más su imperio sobre la imaginación y sobre las ciencias, invadiendo au-

1. MARIANO DE VEDIA Y MITRE: *Defensa de la poesía*. Edic. de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1948.

dazmente los dominios psicológicos. En este sentido la poesía ha hecho y hace más por la mejora y el conocimiento íntimo del hombre, que cuantos estudios filosóficos se han emprendido". Y al terminar la carta le dice: "Adiós, mi querido Sarmiento; sea usted poeta".

## 2. *Prefacio de la novela Soledad*

Esta novelita *Soledad*, de carácter dramático, fue escrita y publicada en Bolivia en 1847. En Chile se volvió a editar en 1907. Lleva un prólogo que verifica lo que dijimos al comienzo de estas páginas: Mitre es el hombre de más seria conciencia cultural de su época, lo cual no quiere decir que en materia de realizaciones literarias y poéticas haya alcanzado la altura de algunos de sus coetáneos.

En las páginas aludidas Mitre sitúa la novela desde el punto de vista del desarrollo de la civilización o de la cultura para que aparezca el género de la novela. Los pueblos primitivos no la poseen. "Decíamos que parece la más alta civilización de un pueblo", se lee por allí. Desde el punto de vista del desarrollo de las letras, es también un signo de madurez. Así se explica, dice Mitre, que en Sudamérica hayan aparecido pocas novelas.

La poesía lírica o ditirámica es la primera en aparecer. "Es en los pueblos lo que en los niños los primeros sonidos que articulan". Y añade: "La imaginación de los hombres primitivos se inspira del ruido del torrente, del murmullo de las hojas, de las estrellas, en una palabra, del sonido, de la luz y del movimiento que anima al universo y que hiere nuestros sentidos como un himno grandioso que la naturaleza entona a su Creador". La forma narrativa viene sólo en la segunda edad. Entonces los poetas emplean las descripciones y aparecen los cronistas y los historiadores.

Cuando la sociedad se completa, la esfera intelectual se ensancha, y aparecen otras formas de ese estado de madurez: el drama y la novela. El drama, según Mitre, es la vida en acción. La novela también es la vida en acción, pero explicada y analizada, es decir, la vida sujeta a la lógica. Como en un espejo refleja los vicios y virtudes

de los hombres, y deapierta meditaciones profundas o saludables es-  
carmientos.

Aunque Sudamérica sea la parte más pobre del mundo, Mitre piensa que hay que cultivar la novela de acuerdo con el ritmo de su civilización. Están equivocados los espíritus severos que consideran este género literario como un descarrío de la civilización. Lo desmienten Homero y Virgilio en la Antigüedad, Cervantes, Rabelais, Rousseau, Richardson, Walter Scott, Cooper y Dickens entre los autores modernos y contemporáneos.

Por cierto, no debe atribuirse al género de la novela, las fallas y defectos de los malos novelistas.

La novela permite, por lo demás, la presentación en forma viva y animada de la historia de los pueblos, sus costumbres, sus ideas y sentimientos, su modo de ser político y social. Puede volver popular nuestra historia, echando manos de los sucesos de la conquista, la colonización, la independencía. Puede hacer conocer nuestras sociedades, con sus vicios y sus grandes virtudes, representándolas en el momento de su transformación de crisálida en mariposa.

Mitre quiere que la novela eche raíces en el suelo de América del Sur. El pueblo de esta parte del mundo ignora su historia; sus costumbres no han sido filosóficamente estudiadas, las ideas y sentimientos producidos por el nuevo ser político y social no han sido presentados en formas vivas y animadas. Esa es la tarea de la novela.

Tiene conciencia de que *Soledad* es "un debilísimo ensayo", pero su propósito es estimular a los jóvenes a que cultiven la novela americana. La publicó como folletín separado en el diario "La Epoca" en La Paz en 1847 y olvidada hasta por su autor, fue editada en Chile en 1907, por Don Pedro P. Figueroa. Es una buena muestra de las ideas profundas que los hombres de acción argentinos tenían en el siglo XIX, tan distintos en esto como en otras cosas de los de nuestro tiempo. En la época de Mitre los políticos estudiaban cosas profundas.

### 3. *Carta sobre la Literatura Hispanoamericana*

Importa a nuestro propósito de verificar la afirmación de que Mitre fue, entre los hombres de su generación, el de mayor y más profunda conciencia cultural, la carta que dirigió a Don Miguel M. Ruiz desde Buenos Aires el 26 de marzo de 1887<sup>2</sup> Responde a una consulta acerca de si “hay material para formar un texto, que sirva para dictar un curso de literatura argentina y americana”. La respuesta es negativa y coincide con la que dio a un profesor del Colegio del Uruguay el doctor André Lamas.

Las razones que posee Mitre documentan la afirmación que asentamos anteriormente. En primero lugar, para dictar un curso de literatura, lo primero que se necesita es una literatura, y en el caso que le ocupa a nuestro autor le parece que faltan los materiales para dictarlo y la materia misma de que se habla. “Di esta opinión de paso, sin querer profundizar el asunto, pues de hacerlo, habría dicho lo que ahora digo: que la obra no es sólo difícil, sino materialmente imposible, si por curso de literatura, se ha de entender un cuerpo de cortina con unidad de composición, que contenga no sólo los principios elementales de la materia, sino también los ejemplos ilustrativos de todas sus partes componentes, de manera de responder a un fin en la enseñanza”. No basta la existencia de algunos materiales, cuyo único vínculo sea la geografía de América meridional y que carecen de sustancia literaria, para que pueda hablarse de literatura americana o bien hispanoamericana. En todo caso son documentos del desarrollo intelectual y social de un continente, pero en modo alguno pertenecen a la literatura propiamente dicha.

Para que haya historia literaria es preciso que la labor creadora de los escritores refleje las costumbres de las gentes y el estado de los espíritus, esto es, “el modo como los hombres piensan y sienten en

2. BARTOLOME MITRE: *Carta a Don Miguel M. Ruiz*. Buenos Aires, 26 de marzo de 1877. *Correspondencia literaria, histórica y política*. Tomo III, Pág. 169. Imprenta Coni Hermanos, Buenos Aires, 1912.

un momento dado, reflejando la colectividad". Recuerda en este sentido la historia de la literatura del mediodía de Europa escrita por Gismondi, el curso de literatura del Siglo XVIII de Villemain, las historias generales de la literatura, entre ellas la del abate Andrés y la española de Amador de los Ríos, todas las cuales contienen, cada una a su modo, todo lo que se llama literatura.

Por otra parte, para poder hablar de literatura americana habría que pensar en la unidad de una lengua, o bien, de los enlaces filosóficos, condiciones que no se cumplen en América, donde se habla el español, el inglés, el portugués y el francés, además de las indígenas. Y si nos circunscribimos a los pueblos de hispanoamérica, habría que pensar en la manifestación del pensamiento americano en su propio medio. Con otras palabras, en una cultura hispanoamericana, que para Mitre sólo estaba en germen en su tiempo.

La literatura es un aspecto de la civilización, como decía nuestro autor, o de la cultura como decimos nosotros. Esta última supone una manera de ser peculiar, una manera propia de ver el mundo y la vida. Sólo así se tiene en propiedad algo nuevo que decir en las letras, algo que singularice una literatura y un pueblo. Todo lo demás es reflejo de la vida europea. Mitre pensaba la solución del problema para el porvenir. En el entretanto, se mostraba francamente europeísta.

La cuestión de la literatura americana sólo puede ser resuelta en función de la cultura americana. ¿Y cuál es la situación de ésta según Mitre? Escuchémosle: "En literatura como en población, la América del Sud está dividida en estado de colonización: hay muchos vacíos que llenar en su territorio como en su cabeza. La mayor parte del terreno no sólo no está cultivada, pero ni siquiera ocupado, y las colonias literarias carecen hasta de representantes y personificaciones en su suelo profundo pero erial". ¿Con una docena de buenos pintores y algunos regulares escultores y unos cuantos médicos, puede pretender hispanoamérica tener un arte musical, pictórico o estatuario?

En materia de poesía su juicio es coincidente. Transcribimos: "Hablando con verdad tenemos que reconocer que la América me-

ridional no ha producido sino poetas líricos; algunos muy buenos y muchos malos. Ahí está la *América poética* compilada por Juan María Gutiérrez, que contiene todo lo que la musa americana ha producido en el espacio de tres siglos. ¿Qué nota tónica, qué armonía nueva, qué inspiración original ha agregado al coro de la poesía universal? Si se exceptúa a Heredia, —cubano—, que por su entonación es poeta americano por excelencia, no obstante sus deficiencias, y a Olmedo, —feliz importador del lirismo de los clásicos antiguos—, ningún canto inspirado ha resonado en los ámbitos de todo su continente que se haya hecho escuchar en el mundo de las letras. Los demás poetas son más o menos buenos pero sólo para nuestro uso doméstico, siendo raros los que reflejan la naturaleza nativa según la concepción del *Cosmos* de Humboldt, y rarísimos los que pueden citarse como modelos en la enseñanza”. Bien se advierte que Mitre había reflexionado seriamente en esta cuestión de la americanidad literaria. Y lo que es más de la americanidad cultural. Por cierto, daba la respuesta que que correspondía a su época y al estado del problema, que no se plantea en nuestro tiempo en los mismos términos.

La preocupación de Mitre se extiende a otras actividades de la cultura. Examina la labor de los historiadores y arriba a las mismas conclusiones ya asentadas. No encuentra dos que puedan llamarse clásicos ni aun por el estilo. Lo propio se puede decir de los oradores forenses, políticos y sagrados, y de los pocos ensayos de literatura narrativa. Por lo demás, no hay un solo drama americano que se represente en un gran teatro del mundo, ni siquiera se lea en su propio país. Y termina preguntándose: ¿Puede llamarse a esto una literatura? ¿Puede dar materia o materiales para un curso de literatura?

Por lo que atañe a la filosofía, bien se comprende que no puede ser excepción en el cuadro general de la cultura hispanoamericana. ¿Qué piensa Mitre? Escuchémosle una vez más: “No hablemos de filósofos ni de grandes pensadores en el dominio de las ideas trascendentales, que en sus páginas reflejen en formas literarias, ya que



no originales, siquiera como Emerson, los amplios vuelos del pensamiento humano, con alas bastantes poderosas para volar, ya que no al futuro, al menos más allá de las fronteras nacionales. Ni aún dentro de estas fronteras han podido caminar". La situación de la filosofía no es distinta de las otras actividades de la cultura. Como tercera dimensión de ésta sólo puede existir si hay cultura hispanoamericana. Como en la literatura, la cuestión se resuelve en función de una cultura propia, que sea a la vez que universal por sus valores y particular por su contenido.

Sólo son excepción a este panorama de hispanoamérica los estudios gramaticales y lingüísticos. Aquí se destacan con relieves singulares los nombres de Bello, Baralt, Cuervo, Caro. Bien que Mitre advierte que los trabajos de estos investigadores no acentúan los aspectos propios de la literatura americana, sino que afirman los vínculos que la unen a la española, y la complementan a los efectos de la enseñanza. Las aportaciones de Vicente Fídel López con su *Curso de Bellas Artes* y de Barros Arana con su curso de literatura general confirman a Mitre en su convicción.

Lo que piensa Mitre de la cultura y la literatura hispanoamericana, lo extiende a la literatura argentina. Está en formación, en estado germinal, no forma conjunto ni por el número de obras producidas ni por los géneros cultivados ni por el espíritu puramente americano y nacional. "En tales condiciones pretender dictar un curso de literatura americana, y argentina por añadidura, prescindiendo de orígenes, enlaces y géneros fundamentales, es pretender alumbrar al mundo en pleno día con un candil, y éste mismo con cuatro de sus mechas apagadas". Esta respuesta final la apoya el autor de la carta en las sólidas razones que quedan expuestas. Para Mitre la cultura americana, o hispanoamericana si se prefiere, estaba en germen. Ni siquiera la veía en vía de formación adelantada. Confiaba en el porvenir, pero la realidad de su época no le llamaba a engaños. Las ideas no eran en él una venda que le impidiese ver aquélla, antes bien le

permitían tomar conciencia crítica de la cuestión, tal como ésta se planteaba hacia 1887.

## II

### CONCIENCIA CULTURAL EN SUS OBRAS HISTÓRICAS

La importancia y la significación de la conciencia cultural de Mitre aparecen documentadas en su obra de historiador. Distingúa la labor historiográfica de la filosofía de la historia. Para realizar esta última era preciso haber realizado la primera. La filosofía de la historia suponía para él la historiografía del caso. Lo dice reiteradamente en sus *Comprobaciones históricas*, en su polémica con Vicente Fidel López. Distingue tres planos: el de la realidad o de los hechos históricos, el de la historiografía como enmallamiento de aquéllos, su conocimiento comprobado, sus conexiones racionales en el tiempo y el espacio, con sus pruebas y razones; y por último, el de la reflexión filosófica sobre los principios universales que han motivado los acontecimientos históricos.

A Vicente Fidel López le critica no tanto su historicismo romántico, tendencia historiográfica en la que él mismo se había formado y escrito su *Historia de Belgrano y la Independencia Argentina* (la primera edición es de 1857) y su *Historia de San Martín y la Emancipación sudamericana* (la primera edición es del año 1888), sino la tendencia de López a escribir directamente una historiografía o si se prefiere una historia filosófica, Mitre anteponía como condición de la filosofía de la historia la previa elaboración de la historiografía hecha sobre la base de hechos, pruebas y razones.

No disiente con López en que la historia (la realidad histórica) sea "un drama concreto, que como representación de la vida real en su conjunto y en las proyecciones de sus caracteres, tiene sus héroes y sus figurones, y también sus payasos y dulcamaras"<sup>3</sup>. Las categorías

3. BARTOLOMÉ MITRE: *Comprobaciones históricas*. Primera parte. Cap. XX, Pág. 179. Edic. "Librería La Facultad", Buenos Aires, 1916.

historiográficas con que escribió la *Historia de Belgrano y la Independencia Argentina* son las del historicismo romántico: drama, personajes, caracteres, ideas, movimiento, colorido de los cuadros, sentido filosófico de la realidad histórica. Pero en su quehacer historiográfico concreto, no se inclinaba hacia la historia filosófica, sino hacia la concepción científica y erudita de la investigación histórica. Cuando escribe *Comprobaciones históricas* (1882), en la pleamar del positivismo filosófico, su inclinación a pensar la historiografía estaba ya realizada.

Mitre acompaña esta conciencia cultural del lugar que tiene la historiografía con el pensamiento crítico de su propia obra de historiador. A López le dice en *Comprobaciones históricas* que no le preocupan las fallas o defectos de información, que al fin y al cabo no son muchos en su obra, y los ha ido corrigiendo en las sucesivas ediciones hasta alcanzar a la tercera, sino las deficiencias de criterios, de la que tiene plena conciencia. Como nada puede reemplazar el valor verificativo de los textos y documentos, damos traslado a estas páginas de Mitre en la aludida obra polémica:

“Nadie conoce mejor que su propio autor, no sólo los defectos de detalle, sino las deficiencias esenciales, los vicios orgánicos y de conformación, la falta de proporciones armónicas de que adolece la *Historia de Belgrano*, así en su concepción y su plan, como en su ejecución y desarrollos históricos. Son defectos insanables, propios de la naturaleza del libro mismo y de los propósitos limitados que lo inspiraron en su origen.

“Al principio sólo pensábamos escribir una biografía para una publicación ilustrada. Al compulsar la masa de documentos nuevos que removimos, el asunto nos dominó y fuimos arrastrados por las corrientes en que sucesivamente íbamos entrando; entonces tuvimos la primera revelación del gran cuadro de la historia, dentro del cual colocamos la figura del personaje que debía ocupar el primer plano. Al realizar este plan, dando por fondo de la biografía el movimiento colectivo de la historia, como en los cuadros de batalla se coloca al

general en primer término y a los combatientes en el último, envueltos en el humo y el polvo de la pelea, vimos que no era posible escribir la vida del protagonista sin hacer la historia del pueblo en cuyo medio se movía. De aquí surgió naturalmente el asunto, el argumento del libro, que era el desarrollo gradual de la idea de la independencia argentina, desde sus orígenes lejanos a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, período que comprendía la biografía y encerraba el ciclo revolucionario de sus evoluciones, transformaciones y conjunciones históricas. La primera edición fue el germen de esa composición; en la segunda asumió su forma definitiva, y en la tercera ha sido complementada, excediendo las primitivas proporciones en que fue concebida, violentando en cierto modo su naturaleza y conformación nativa. De aquí los defectos insanables a que hemos hecho referencia”<sup>4</sup>. Para quien sepa leer filosóficamente ese pasaje de la obra de Mitre, advertirá las categorías del historicismo romántico con que pensaba su autor en 1857, fecha de la primera edición de la *Historia de Belgrano...*, y la conciencia crítica que tiene de las deficiencias de elaboración en 1882. año en que publica *Comprobaciones históricas*.

La conciencia cultural y la autocrítica de Mitre es mucho más profunda: llega a cuestionar en sus altos años los criterios con que había encarado su labor historiográfica. Por cierto, cuestiona los criterios del historicismo romántico al realizar la crítica profunda de su propia obra, desde la perspectiva que le da su experiencia historiográfica y las nuevas ideas en la materia, traídas por Taine, Fustel de Coulanges, Renouvier, a los que se refiere expresamente. Lejos han quedado Michelet, Carlyle, Bucke, Ritter, Humboldt, Thierry, Thiers, Cousin. Coincide con el positivismo historiográfico, aunque ya no haya tiempo para re-escribir la historia argentina desde estos nuevos puntos de vista.

4. BARTOLOME MITRE: *Comprobaciones históricas*. Primera parte. Cap. XXXIII, Pág. 349/350. Edic. “Librería La Facultad”, Buenos Aires, 1916.

Escuchemos a Mitre una vez más: “Por grande que sea un hombre y el espacio que ocupe en la historia de una época, no es posible encerrar dentro de sus lineamientos la vida múltiple de un pueblo y el movimiento colectivo que constituye la verdadera historia, tal cual es comprendida por la ciencia moderna y tal cual la han hecho y la hacen la complicación de cosas, intereses, pasiones y proyecciones trascendentales que intervienen en ella o determinan sus grandes rumbos. Y tratándose de un hombre histórico de la talla de Belgrano que a pesar de su grandeza, no es sino uno de tantos, y no siempre el primero; y de una revolución como la argentina, tan compleja, cuyo dualismo no había sido bien estudiado aún, se comprende que la historia no cabía en la biografía y que aquélla tenía que ser necesariamente deficiente, y aún deforme a veces. Así, nos ha sucedido que el molde que habíamos preparado para vaciar una gran figura, no nos ha bastado para modelar artísticamente en él todo el metal en fusión de que podíamos disponer, resultando de aquí que ha estallado en partes, y en partes ha sido ampliado con formas que alteran la armonía del conjunto, el cual tampoco se presenta claro y de bulto cual corresponde.

“Dentro de este campo circunscripto, había, empero, que inscribir las líneas generales de la historia, y una vez puestos a la tarea y comprometidos a llevarla a término, no perdonamos medios ni trabajo para darle toda la amplitud y toda la corrección posibles. Al efecto, a la vez de registrar los archivos y exhumar los documentos escritos sepultados en el polvo del olvido, que ninguna mano había removido en el espacio de medio siglo, procuramos verificarlos por el testimonio oral de los contemporáneos que habían sobrevivido a su época, y tuvimos la fortuna de comunicar desde nuestra juventud con muchos hombres notables que han figurado en primera línea en la revolución argentina a quienes debo preciosos datos”.<sup>(5)</sup>

5. BARTOLOME MITRE: *Comprobaciones históricas*. Primera parte, Cap. XXXII, Pág. 350/351. Edic. “Librería La Facultad”, Buenos Aires, 1916.

Este pasaje de las *Comprobaciones históricas* es suficientemente explícito. Si lo vinculamos a aquellos otros en que se refiere al quehacer historiográfico y al papel de la filosofía de la historia, tenemos los elementos para comprender por qué Mitre pensaba que su tarea consistía en ordenar los materiales necesarios para que alguna vez, en el futuro, se llegara a una historiografía argentina más general, que atendiese al curso común de la historia, sin olvidar por eso el papel que cumplen las grandes figuras. "...Nuestra tarea, escribe en su polémica con López, es la de los jornaleros que sacan la piedra bruta de la cantera, y cuando más, la entregan labrada al arquitecto que ha de construir el edificio futuro; y en este sentido creemos haber desempeñado en conciencia la nuestra, sin dar a nuestra obra más valor que el que tenga o le den los materiales de que está formada". Se verifica así la afirmación que hicimos al comienzo de estas páginas: Mitre es la más seria conciencia cultural de su época.

### III

#### DOCTRINA HISTORIOGRAFICA

##### 1. *Los Documentos.*

La historiografía reconstruye el pasado, a partir de los documentos, ordenados y correlacionados en sistema de concimientos, de modo que se conozca la acción, el movimiento, el drama, los caracteres y las ideas de los personajes. La tarea del historiador se asienta fundamentalmente sobre los documentos. No desecha el autor la tradición oral, como dice en *Comprobaciones historiográficas*, recuerda los testimonios verbales que le ofrecieron ilustres figuras de la historia argentina, entre las que cita a Nicolás de Vedia, Ambrosio Mitre, Lucio Mansilla, Enrique Martínez, Nicolás Rodríguez Peña, José Matías Zapiola, José María Paz, Pedro José Díaz, todos los cuales fueron actores o testigos de importantes acontecimientos históricos del país. Pero la solidez de la historiografía reposa en su base documental.

Los documentos constituyen la osatura del cuerpo viviente de la obra historiográfica. Es el soporte no sólo óseo, sino también carnal del quehacer del historiador. Sin documentos el rigor, la verdad, la seriedad histórica se ven comprometidos y hasta pueden desaparecer.

Los documentos tienen que correlacionarse entre sí, organizarse en sistema, que por cierto ha de reflejar la verdad de los acontecimientos. Aunque contengan perspectivas o puntos de vista, y hasta relatos diferentes, el historiador tiene que encontrar en ellos los acontecimientos en su verdad, sus razones o motivaciones, las relaciones entre los mismos. Para ello la documentación ha de ser completa o lo más completa posible.

Aunque Mitre no se plantea explícitamente el problema de la relación que existe entre los documentos y el curso histórico, parece sobreentendido que los documentos reflejan adecuadamente los acontecimientos y sus relaciones históricas. Hay que asentar que el ajuste no es del todo exacto, porque la realidad que estudia el historiador presenta muchas veces aspectos pasionales, instintivos, azarosos y fortuitos, irrazonables, que no responden al desarrollo de ideas o principios. Lo cual no significa que no exista cierta racionalidad y conexión, continuidad de pulso en el movimiento de la historia. Si no existieran estos aspectos, la historiografía carecería de sentido y no sería posible.

Mitre entiende la labor historiográfica como "correlación, armonía y significación de los documentos", bien que agrega, para penetrar "el verdadero espíritu de los hombres y el valor de las cosas de la época del historiador". Aquí se plantea precisamente la dificultad, porque los documentos son la expresión o los signos finales en que se fijan los acontecimientos históricos, el curso de la historia, que en alguna medida, casi siempre es oscuro en su origen, que se volatiliza sin dejar huellas documentales. Cabría pensar que la memoria de los contemporáneos es testimonio fiel, pero es el caso que cuando éstos se disponen a escribirla carecen de ella, además de que para que

tengan valor historiográfico dichas memorias exigen de sus autores una conciencia insobornable.

A raíz de este desajuste entre la realidad y los documentos históricos, quedan siempre aspectos crípticos en la investigación histórica o aspectos no revelados por la documentación. Se podría hablar así de una criptohistoriografía. Los acontecimientos no se reflejan en los documentos como en un espejo. Se muestran en todo caso como en un espejo roto, cuyos trozos son los documentos, que, como dice Mitre, hay que reunir en lo posible de modo total, para poder establecer las relaciones de los hechos y su significación histórica. Esta es la aspiración y el ideal del historiador, quien no puede conocer de un modo directo e inmediato el paso histórico, la realidad *sida*, sino que la conoce a través y por medio de los documentos.

## 2. *La reconstrucción historiográfica.*

La tarea del historiador no concluye con la reunión y conocimiento de los documentos. Es preciso ordenarlos, clasificarlos y organizarlos en sistema, para poder desprender de ellos la correlación de los hechos, el curso de los acontecimientos, la vida histórica. Los documentos constituyen así, como queda dicho, el cuerpo, el organismo, la vida de la obra histórica, con sus músculos y osatura. Esta labor de sistematización y reconstrucción tiene carácter de síntesis. La historiografía reconstruye el organismo social y político de las naciones y los acontecimientos históricos que acontecen en el seno de aquéllos.

Mitre posee una interpretación organicista del desarrollo histórico. Tiene ascendencia historicista y romántica, aunque en sus altos años, cuando escribe *Comprobaciones históricas* (1882), la integraba con el positivismo histórico de Taine y Fustel de Coulanges. Aquella concepción se vuelve patente cuando habla de las condiciones de toda obra historiográfica a propósito de su *Historia de Belgrano*: "Por esto dijimos, al dar a luz la tercera edición completa de nuestro libro, y poner de manifiesto nuestros comprobantes escritos, con los informes



recogidos en el curso de treinta años de estudios históricos —frecuentemente interrumpidos—, que así preparados a la tarea y alumbrados en nuestro camino por estas luces del pasado, creíamos habernos penetrado del verdadero espíritu de los hombres y de las cosas de la época historiada. dominando su conjunto, haciendo fluir de los mismos documentos, sin espíritu preconcebido, la unidad de la acción, la verdad de los caracteres, el interés dramático, el movimiento de la vida, el colorido de los cuadros y hasta el sentido filosófico del libro mismo, condiciones tan esenciales a toda obra histórica, y sin las cuales, aunque siendo exacta, puede no ser verdadera”.(6)

La interpretación historicista romántica emerge, por lo demás, en la interpretación que Mitre ofreció del origen y desarrollo de la nacionalidad argentina. El germen de la nueva nación, nueva con respecto a la nación española, surge en las últimas décadas del siglo XVIII. Se manifiesta a través de un nuevo sentimiento, que se torna acción en las invasiones inglesas de 1806 y 1807, en la reposición de Liniers en 1809, en la destitución del virrey Cisneros en Mayo de 1810. Ese sentimiento, que irrumpe revolucionariamente el 25 de Mayo de 1810, da lugar a la formación de una dualidad de partidos: los americanos y los españoles. El movimiento histórico presenta la oposición y a veces el choque de estas tendencias y fuerzas histórica, que lo son del sentimiento, la fuerza y las ideas. Las ideas fundamentales o principios que se van realizando en el acontecer histórico, constituyen el espíritu filosófico, que la filosofía de la historia tienen que estudiar. Así en la *Historia de Belgrano* escrita por Mitre ese principio animador del curso histórico es la idea de independencia; y en su *Historia de San Martín*, el principio es la emancipación sudamericana.

Es difícil concebir el curso común de la historia animado por fuerzas metafísicas, que dan a su desarrollo carácter de necesidad,

6. BARTOLOMÉ MITRE: *Comprobaciones históricas*. Primera parte, Cap. XXXIII, Pág. 357, Edic. “Librería La Facultad”, Buenos Aires, 1916.

cuando se observa en épocas de crisis históricas confusión enorme en los acontecimientos, donde hay mucho de contingencia e irracionalidad, junto a la libertad y la necesidad.

#### IV

### FILOSOFIA DE LA HISTORIA

La filosofía de la historia es de índole reflexiva y supone la historiografía. El espíritu filosófico de una época, una generación, un acontecimiento o de una figura histórica, se infiere del estudio de tales realidades históricas. Consiste la filosofía de la historia en la reflexión acerca de la idea o principio que orienta los acontecimientos. Así como no puede haber historiografía sin documentos, no puede existir filosofía de la historia sin historiografía.

No rechazaba Mitre el concurso de la filosofía y el arte en la labor del historiador; pero consideraba difícil la obra de la imaginación literaria o del estilo, en quienes debían acumular materiales. Las diferencias entre historiografía y filosofía de la historia son nítidas. Aquélla reconstruye el pasado, según queda dicho, a partir del conjunto de documentos, ordenados y correlacionados en sistema, con la acción, el movimiento, el drama, los caracteres y las ideas de los personajes. En esa tarea hay un esfuerzo de síntesis y construcción, que muestra los rasgos del arte y el estilo literario.

La ordenación de los documentos, su clasificación y estudio, su disposición formando un conjunto y sistema, supone la intervención de la crítica externa e interna de los mismos, la verificación de su autenticidad y valor historiográfico, los conocimientos filológicos y paleográficos, la ayuda de las disciplinas auxiliares de la disciplina histórica. En todo ello radica el lado científico de la tarea del historiador. Pero la labor de síntesis, en cuadros vivos y coloridos, hace que concurre el arte y la expresión literaria.

La filosofía de la historia es posterior a la historiografía. No se puede elaborar la filosofía de la historia, si antes no se tiene la historiografía. No es aquélla un saber *a priori* o un conjunto de convicciones y creencias acerca de la verdad histórica, las que, por cierto, entran a formar parte de la concepción del mundo del historiador, pero no de la filosofía de la historia.

Hay que distinguir en Mitre, por lo demás, la historia filosófica de la filosofía de la historia. Aquélla se escribe a partir de principios o presupuestos filosóficos, que son *a priori* y conducen la investigación y la reconstrucción historiográficas. Estas historias filosóficas fueron cultivadas por el romanticismo historicista francés, inglés y alemán. Basta recordar los nombres de Cousin, Thiers, Thierry, Macaulay, Bucke, Herder. Mitre atribuye a Vicente Fidel López esta orientación filosófica de la historiografía que la convierte en filosofía histórica, con la que está en desacuerdo. López interpretaba filosóficamente el curso histórico, de un modo directo y concreto, sin la meditación del saber historiográfico según lo entendía Mitre. De allí la actitud de uno y otro frente a los documentos, el método, la tradición oral, la historiografía y la filosofía de la historia.

### 1: *Historicismo romántico y positivismo histórico*

La formación historiográfica inicial de Mitre se nutre en el historicismo romántico. Se advierte esa orientación en el empleo de ciertas categorías que mantiene hasta sus altos años, aunque integrándolas con otras cuyas raíces se encuentran en el positivismo histórico de Taine, Fustel de Coulanges y la concepción filosófica de Comte. Esta integración de orientaciones es notable si se sigue los cambios y modificaciones de sus ediciones de la *Historia de Belgrano* y la *Historia de San Martín*. Y, por otra parte, si se rastrea el tema en *Comprobaciones históricas* y *Nuevas Comprobaciones históricas*.

El carácter biográfico de sus obras sobre Belgrano y San Martín tiene su fundamento en el historicismo romántico. La vida de los

grandes hombres es representativa del curso de la historia. Son ellos portaestandartes de las fuerzas históricas de su época. Mitre compara la labor del historiador con la del artista de pintura histórica, según hemos dicho. Así como en un cuadro de batalla, el artista coloca en primer plano al general y como fondo a los soldados y la tropa, en la historia los próceres tienen el papel protagónico, a veces a pesar del carácter modesto de los mismos, como ocurre con Belgrano. No se piense que los grandes hombres están determinados por los acontecimientos históricos en que intervienen o de los que son testigos, sino que los acontecimientos inciden en aquéllos originando las respuestas históricas adecuadas, sea en materia legislativa, económica, política, educacional, realista, religiosa, social, las que a su vez inciden en el curso histórico. Mitre recuerda un refrán de Cervantes: "Los boatos del gobierno adoban al gobernante". En realidad, hay relación circular entre las grandes figuras y el curso común de la historia. En suma: los grandes hombres se nutren en el movimiento histórico, lo interpretan, atesoran enseñanzas, vuelven luz e ideas lo que es instinto oscuro y terminan influyendo en la sucesión temporal de los acontecimientos históricos.

En *Comprobaciones históricas* se citan con frecuencia, en confirmación del propio pensamiento del autor, a los historiadores franceses cuya labor se desarrolló en un arco de tiempo que se alza en 1825 y declina 1875. Comienza con la labor de los historiadores del historicismo romántico y termina con los positivismo historiográfico. Menciona la labor de Thierry y Michelet. No son sólo los historiadores franceses. Conoce a los ingleses a Macaulay y Buckle; y a los alemanes, a Niebhurt y Humboldt. Estos historiadores significan el tránsito de la historiografía concebida como arte literario a la historiografía entendida como ciencia. Mitre conoció algunos representantes eminentes como Taine y Fustel de Coulanges. Y para no olvidar a un francés que vivía en la Argentina, contemporáneo de Mitre aunque más joven que él, cabe pensar en Groussac, con quien coincide en muchas cosas.

Thierry y Michelet, aunque daban gran importancia a los aspectos de la reconstrucción, la síntesis y la evocación de los acontecimientos, partían del examen de los documentos. La erudición en la búsqueda documental fue notable en ellos. Pero se levantaban desde los documentos a veces imaginativamente. No fueron arbitrarios, aunque descuidaban la continuidad del curso de la historia, para presentar cuadros pintorescos y cargados de color local. Para seguir el contenido de los libros de aquellos dos historiadores el lector se ve obligado a consultar o conocer previamente la secuencia de los acontecimientos. Cierta discontinuidad atraviesa sus obras.

La crítica de la interpretación historicista de los historiadores aludidos, influenciados a la postre por la filosofía de la historia de Herder y Hegel, la realiza Renouvier en su libro *Ucronia* (1857, 1ra. edic. 1876, 2da. edic.). Niega este filósofo francés, de formación kantiana, la existencia de principios o leyes de carácter metafísico, inmanentes al proceso histórico. Los acaecidos de la historia son contingentes, resultados de la libertad humana y, por lo tanto, imprevisibles. La crítica de Renouvier, si bien eficaz en cuanto demolición de los aspectos débiles del historicismo romántico, conducía a negar la posibilidad de fundar el saber historiográfico como ciencia.

Taine y Fustel de Coulanges, cada uno a su modo, devuelven a la historiografía su carácter de ciencia, el respeto de los acontecimientos tal como han sido y la convierten en ciencia de hechos. Frente a éstos no caben controversias. Con el tiempo la historiografía positivista llega a la glorificación de los hechos, con descuido de los valores que encarnan y del impulso que los mueve. El pensamiento histórico no puede ser ucrónico como pretendían Renouvier y algunos historicistas románticos, que por momentos hacían de la historiografía una ciencia del deber ser. La realidad histórica simplemente es. Lo axiológico es subjetivo y escapa a la consideración científica de la historia. Lo cual no impide que los historiadores positivistas en su conducta práctica tengan confianza y adhieran a los valores puros. Pero la mística de los valores es rasgo del historicismo romántico. La realidad histórica no

se puede resolver en un torbellino de hechos contingentes, todos dependientes de la libertad humana, porque en tal caso ¿cómo fundar científicamente la historiografía?. Y si por otra parte, no hay continuidad en el curso histórico, si no existe un impulso que los mueva, ¿para qué la historiografía?.

En Mitre se da la conciliación entre la libertad y la necesidad histórica, la del hombre que es el protagonista de los acontecimientos y sus necesidades, desde las sociales y económicas hasta las inmediatas de la sobrevivencia y conservación de la vida.

Esta conciliación establecida por Mitre no es eclecticismo, sino superación de falsos problemas, como la afirmación de una necesidad o ley metafísica en el curso de los acontecimientos históricos. Para Mitre existe la libertad histórica de los hombres y existen sus necesidades concretas. Finalmente, la acción providencial de Dios.

El trompo de la historia está animado de un impulso, que a veces lo hace girar velozmente, a veces con lentitud, ora de izquierda a derecha, ora al revés, a veces corrusquea, y hasta marra y se hace "galleta". ¿Cuál es el hilo invisible que mueve el trompo de la historia?. Mitre responde que el hombre y su libertad actuando frente a la necesidad de las leyes del tiempo y el espacio, y finalmente Dios providencial. Como Sarmiento, como Alberdi, como Belgrano, como Saavedra, como tantos próceres argentinos que tuvieron intervención activa y principal en la historia de la Argentina, Mitre se mantuvo siempre dentro del providencialismo histórico.

Asistió Mitre en su dilatada vida a los cambios de los criterios historiográficos aludidos, al apogeo del historicismo romántico, a su declinación y al ascenso del positivismo historiográfico. En la sucesión de las ediciones de su *Historia de Belgrano* y de su *Historia de San Martín* se siente el desarrollo de las respectivas categorías historiográficas, pero no como sustitución de unas por otras, sino como integración y síntesis de las mismas. Del positivismo histórico asimila el respeto por el método de investigación, el valor de los documentos y los hechos históricos, el rechazo de la historia filosófica. Pero sus

dos principales obras historiográficas mantienen el sentido biográfico del historicismo romántico y las categorías y conceptos básicos de esa tendencia interpretativa.

Aunque hacia 1882, cuando escribía *Comprobaciones históricas*, su autor pensaba que no podía hacer girar la vida histórica argentina, desde fines del siglo XVIII hasta 1820, en torno de la personalidad de Belgrano; ni el proceso de la emancipación sudamericana alrededor de San Martín, ya no podía escribir la historia argentina desde el punto de vista de la marcha general del curso de la historia. Coincidió con la crítica que hizo a sus dos obras Don Manuel Pardo, ex presidente del Perú, que consideraba imposible hacer girar la independencia de un pueblo alrededor de un hombre, por grande que éste fuera, o la emancipación de Sudamérica en torno de otra figura. Era preciso estudiar el curso común de la historia del pueblo argentino o de América del Sud. Por cierto, los nuevos enfoques respondían al historicismo positivista.

## 2. *La moral y los valores en la historiografía*

En la teoría historiográfica y en la filosofía de la historia de Mitre cabe cierto moralismo. No ha de quedarse el historiador en la reconstrucción y síntesis históricas, sino que además tiene que descubrir los principios o ideas filosóficas y morales que animan el curso histórico y el sentido moral de sus personajes.

En Mitre se reconoce la mística de ciertos valores morales y jurídicos, como la libertad del hombre, la independencia de los pueblos, la moral pública de los gobernantes, la organización nacional, los principios y bases constitucionales. En una carta que le dirige al doctor Adolfo Saldías, datada en Buenos Aires el 5 de octubre de 1887, cuando éste publicó *Historia de Rosas y su época* (París, 1881), leemos: ... “Pienso que el odio contra los tiranos es una fuerza moral, y pretender extinguirlo en las almas, es desarmar a los pueblos y entregarlos como carneros sin iras en brazos de una cobarde mansedumbre. ... El odio al vicio, es un soplo que enciende la llama sagrada de la virtud,

que se alimenta con los generosos humanos. Si su llama reverberase en sus páginas, les comunicaría la vida, el calor y el secreto moral, condiciones tan esenciales en toda obra histórica como en toda conciencia bien equilibrada". En otra parte, alude Mitre a "las causas de orden moral, invisible y no sujetas a demostración matemática" *Comprobaciones históricas*, cap. XXIII, pág. 411, (edic. citada).

Claro que este moralismo no le lleva a someter la realidad historiográfica a un moralismo abstracto, porque en tal caso la historiografía en lugar de ser el conocimiento del pasado tal como fue, será el saber de la realidad tal como debió ser. Se tornaría así en un saber deontológico. Es lo que le ocurre de tanto en tanto a Vicente Fidel López. Mitre tiene espíritu histórico, si por tal se entiende el buen sentido que le hace comprender la contingencia real en el curso histórico.

El moralismo de Mitre no le lleva a distorsionar el curso de los acontecimientos y las reales motivaciones de los personajes, partidos y hombres con sus intereses y pasiones. El moralismo a ultranza convierte a los historiadores en jueces morales y sabemos que en la realidad histórica intervienen inextricablemente unidos muchos otros aspectos y valores. El origen de los acontecimientos históricos es muchas veces oscuro y hasta indecente. Un exceso de moralismo vuelve inmorales a los historiadores y las instituciones, paradójicamente. Lo cual no significa que, como filósofo de la historia y como hombre con una concepción del mundo no se pueda tener una mística de los valores puros. A Mitre no le repugnaba la moral histórica y política en cuanto tomaba en cuenta el instinto conservador de la nacionalidad.

### 3. *Fatalismo y libertad histórica*

La oposición o polaridad entre fatalismo y libertad histórica no es compartida por Mitre. Bien se sabe que el historiador alemán de fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente, en un Herder, en un Fichte, en un Hegel, tenía tendencia a acentuar el carácter necesario del curso de la historia. En Francia, donde se tenía viva la filosofía de la Revolución francesa, se acentúa dicho carácter de necesidad de



la historia, se da cabida a la libertad, la eficacia del hombre y la plasticidad histórica. En Mitre encontramos armonizados estos dos lados de la realidad histórica. Critica tanto al exceso de necesidad, que vuelve automático el curso histórico, como el exceso de libertad que lo pulveriza en la multiplicidad de los hechos sin unidad interna. Coincide con los hombres de la generación de los constituyentes y con la anterior del 37. Mal se podía avenir con el fatalismo histórico en un país donde todo, o casi todo estaba por hacerse. Si no era admisible en Francia, ¡cuánto menos en la Argentina!

Escuchemos a Mitre en esta cuestión de fatalismo y libertad histórica: “No pertenecemos por cierto al número de los que se abandonan al fatalismo de los hechos consumados, porque son hechos, y los juzgan únicamente por sus resultados tangibles; pero admitimos que hay hechos que son lógicos y necesarios, que tienen su razón de ser. Por tanto pensamos con el filósofo kantista (alude a Renouvier), que todo hecho requiere preparadores, continuadores, un medio favorable, muchas determinaciones mentales voluntarias; oportunas coincidencias y una iniciativa no sólo poderosa, sino eficientemente auxiliada por todas esas condiciones indispensables para producir una sola modificación trascendental en el cambio de dirección de los destinos del pueblo”<sup>7</sup>. Concilia de este modo la necesidad representada por el pasado histórico, con la libertad y la eficacia humana. El pasado significa lo ya asentado, la tradición, con sus instituciones, usos y costumbres, que tiene cierta fuerza de necesidad en el curso de la historia. La libertad es la capacidad de innovación, de cambio, de transformación de la realidad histórica por la eficiencia del hombre.

#### 4. *La futuración y el progreso.*

Mitre tuvo sentido de la futuración, esto es, la convicción en la capacidad del hombre de hacer el futuro, de crear lo porvenir históri-

7. BARTOLOMÉ MITRE: *Comprobaciones históricas*, Segunda parte, Cap. XXXIII, Pág. 410/411. Edic. “Librería La Facultad”, Buenos Aires, 1916.

camente, de dar realidad a lo ya implícito en la realidad histórica, de llevar a la existencia las posibilidades de la historia. Su historicismo liberal lo ponía en la misma ruta que Moreno y Rivadavia, a quienes admiraba. Este tema está vinculado con el de la plasticidad de la realidad histórica. Si bien ésta no tiene la dureza de la realidad geológica y la fuerza necesaria de sus leyes, tampoco es tan plástica o blanda que se pueda hacer de ella lo que se quiera. Los hombres de acción y también los teóricos se dan muchas veces de cabeza contra ella. En estas cuestiones Mitre tuvo buen sentido. Ni la plasticidad histórica es total, de modo que dependa del arbitrio de los hombres, ni la capacidad de alumbrar el futuro es ilimitada y sin condiciones. Necesidad y libertad se dan con un sabio entrevero y medida, según la cual se produce el ritmo histórico, acelerado en unos casos, muellemente conservador en otros.

Con el tema anterior está estrechamente vinculado la teoría del progreso de Mitre. No admitía el progreso como una ley necesaria y fatal de la historia, ni al modo metafísico de Herder, ni al modo racionalista e ilustrado de Condorcet, en quien el avance histórico se cumple gracias a la intervención de la razón en el curso de la historia y a su poder legiferante. Mitre considera la realidad histórica como una mezcla de elementos, algunos pasionales, egoistas e interesados, y otros lúcidos, que van realizando los principios y las ideas animadoras del proceso histórico. Esta realización está sujeta a vaivenes y hasta retrocesos, pero si se toma el conjunto del proceso histórico se advierte el avance y progreso de los principios e ideas generales. Es lo que ocurre con la idea de independencia en el Río de la Plata en las últimas décadas del siglo XVIII hasta 1820, lapso en que comienza aquella siendo un sentimiento de autonomía que se convierte en acción durante la resistencia a las invasiones inglesas, en la restitución de Liniers en 1809, en la destitución del virrey Cisneros el 25 de Mayo de 1810. Lo propio ocurre con la idea de emancipación sudamericana a partir de 1812.

### 5. *La filosofía política y el patriotismo en la historia*

La filosofía política de Mitre podríamos fijarla con algunos conceptos de honda significación para quienes conocen la historia de la cultura argentina: Mayo, democracia, ley particular y local de la realización de la historia universal, sociedad orgánica, cristianismo, federalismo moderado, liberalismo político. Son las ideas animadoras del curso histórico argentino, a partir de la Revolución de Mayo. Se trata en el fondo de un liberalismo amplio y tolerante, sin utopías ni abusos de la libertad, sin concesiones a las filosofías políticas que desconocen y niegan el valor del hombre, la libertad y la justicia para todos.

En materia de patriotismo, Mitre tiene una concepción honrada del mismo. Transcribimos un texto iluminador: "Si del patriotismo en la historia se trata, entendemos como todos los que escribiéndola de buena fe y con espíritu libre, buscan en ella la verdad, sin halagar preocupaciones propias ni extrañas, ni fomentar odios internacionales, y la dicen con franqueza y sin temor, sea que favorezca o no al país de su nacimiento, porque el sentimiento conservador de la nacionalidad que se inspira en el pasado, busca en la verdad lecciones y reglas de conducta para el presente y el futuro, y no la estéril satisfacción de la vanagloria"<sup>8</sup>. El sentimiento patriótico de la nacionalidad alienta en el hombre que hay en el historiador, pero más que nutrirse del instinto de la tierra, se alimenta del pasado que, como fondo de valoraciones y preferencias comunes vive en el fondo psíquico de las gentes. Se trata de sacar a luz la verdad de los acontecimientos históricos del pasado, sus pruebas y razones para extraer "lecciones y reglas de conducta para el presente y el futuro". La idea de la historiografía como "magistra vitae" de la antigüedad clásica vuelve en las palabras de Mitre.

8. BARTOLOME MITRE: *Comprobaciones históricas*, Segunda parte, Cap. XII, Pág. 206. Edic. "Librería de La Facultad", Buenos Aires, 1916.

## 6. La polémica Mitre - López

El desarrollo de la polémica Mitre - López ha sido aludida varias veces en estas páginas. La sostuvieron aquellos dos grandes historiadores, que figuran en la protohistoriografía argentina, al comenzar la penúltima década del siglo pasado. En ella salieron a luz el diferente espíritu histórico que animaba a los protagonistas y que, por lo que atañe a Mitre, con algún pormenor, y por lo que se refiere a López, como por oposición y contraste, se ha documentado en este estudio.

Cuando en 1881 López publicó su "Introducción" a la *Historia de la Revolución Argentina*, la crítica que su autor efectuó de varios conceptos sostenidos por Mitre en la tercera edición de su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (Buenos Aires, 1876), motivó la réplica del General, primero en la "Nueva Revista de Buenos Aires", luego en "La Nación" y, finalmente, en las *Comprobaciones históricas* (1881). La contrarréplica de López no se hizo esperar y comenzó a publicarse en "El Nacional", reuniéndose en volumen con el nombre de *Debate histórico* en 1882. Por su parte Mitre, volvía a responder ese mismo año y daba a conocer *Nuevas comprobaciones históricas*. Como motivo de la polémica también se puede recordar una carta de Mitre a Barros Arana, publicada en el tomo IV de la "Revista Chilena" (octubre de 1875), en la que su autor emite juicio desfavorable acerca de la labor historiográfica de López.

Si bien el origen circunstancial de la polémica Mitre - López es el que se acaba de señalar, el origen filosófico es más profundo. López cultivaba la historia filosófica y la filosofía de la historia al modo del historicismo romántico. Presentaba una interpretación filosófica de la historia, en la que a veces sacrificaba los hechos en homenaje a los principios e ideas morales y políticas. Sacrificaba el ser al deber ser y había mucho de deontológico en su labor. En este sentido coincidía con José María Estrada y sus *Lecciones de historia argentina*. Sus modelos europeos eran Thiers, Thierry, Guizot y el inglés Macaulay. Mitre, como poco después Jorge María Salvaire y más

tarde Groussac, elaboraban una historiografía erudita, apoyada en documentos, como paso previo para llegar a la filosofía de la historia, que no negaban. Pero entre Mitre y López había un fondo de historicismo romántico en el que coincidían y en el que se habían formado los hombres de la generación del 37 y los de la de los constituyentes. No hay que olvidar que Mitre es del 21 y que por edad y actuación pertenece a esta última generación. Los estudiosos de esta polémica destacan sobre todo las diferencias de método en materia historiográfica, y olvidan las coincidencias filosóficas de fondo, según hemos advertido ya en otra ocasión<sup>9</sup>.

Diez años después de la famosa polémica, documentada en las obras aludidas, López y Mitre intercambiaron dos cartas de gran importancia para situar el espíritu histórico de ambos. Tras de leer su *Historia de San Martín*, le escribía López el 24 de octubre de 1892 diciéndole: "... Permítame decirle que después de esta lectura me he preguntado a mi mismo y después de todo, ¿qué es lo que hemos disputado al General Mitre y yo, ¿No hay un acuerdo completo en lo sustancial de nuestros juicios? ¿Los sucesos y preciosos documentos que han surgido en todas partes, no prueban y justifican ese acuerdo?"<sup>10</sup>. Mitre le contestó que la polémica había sido un modo de ponerse de acuerdo, pero vuelve a recordar López algunas diferencias de método. "Por lo que respecta a lo que podemos llamar la filosofía de nuestra historia, nuestro criterio es más o menos el mismo, así respecto de los elementos orgánicos que constituyen la sociabilidad argentina, como de la misión humana desempeñada por su revolución en el orden de los principios fundamentales de la democracia, como también del doble carácter complejo de esa revolución en su

9. BARTOLOMÉ MITRE: *Junto a unas páginas de Mitre*. En el *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, Tomo VII, Págs. 225-230. Edita. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1971.

10. VICENTE FIDEL LÓPEZ: *Carta al general Mitre sobre la Historia de San Martín*, Buenos Aires, 24 de octubre de 1892. En Bartolomé Mitre: *Correspondencia literaria, histórica y política*. Tomo III, Págs. 282-283. Imprenta Coni Hermanos, Buenos Aires, 1912.

acción interna y externa, de descomposición y recomposición, y de propaganda y ejemplo práctico y teórico. Pensamos lo mismo de la acción concurrente de las clases pensadoras y dirigentes de nuestro país y de las masas con instintos geniales, que siendo fuertes han dado otra dirección a las ideas, haciendo prevalecer las que eran necesario. Por último, sin ser fatalistas ni optimistas en este sentido, teníamos la conciencia de formar parte de un todo con razón de ser, y la esperanza legítima en los destinos de lo nuestro y de los nuestros". Hasta aquí las conciencias. Pero Mitre le señala, a propósito de la desobediencia de San Martín durante el gobierno de Pueyrredón, la tendencia ucrónica del espíritu histórico de López, que lo llevaba muchas veces a discurrir sobre lo que no sucedió históricamente y pudo y debió haber sucedido si tales o cuales hechos se hubieran producido. Mitre considera, en cambio, el curso de la historia tal como aconteció y sobre esa base elabora sus juicios históricos.

El acuerdo entre López y Mitre, que no deja de ser histórico e historiográfico a la vez en el ámbito de la historia del pensamiento argentino, lo expresa Mitre en este pasaje de su respuesta a López: "... Animados ambos por la pasión de la verdad, con distintos métodos y persiguiendo un objetivo histórico, diferente, pero análogo, teníamos de común el mismo sentimiento racional, y el mismo instinto nativo de razas, y reaccionando contra el patriotismo vano, con el coraje suficiente para proclamar la verdad, según la entendíamos. ¿Deberíamos a esto el honor de ser reconocidos por los coetáneos como los más genuinos historiadores contemporáneos? De todos modos considero que es para mí un honor el que mi nombre sea puesto al lado del suyo en esta obra"<sup>11</sup>. De esta manera Mitre mostraba que el debate había servido no sólo para que ellos se pusieran de acuerdo, como lo venían a reconocer en su correspondencia, sino también para indicar a los estudiosos del pasado histórico la necesidad de acercarse

1. BARTOLOMÉ MITRE: *Correspondencia literaria, histórica y política*. Tomo III, Págs. 283-286. Imprenta Coni Hermanos, Buenos Aires, 1912.

a los archivos, ejercitarse en la crítica de los documentos, desligarse de prejuicios y narrar los acontecimientos del pasado con objetividad. O lo que viene a ser lo mismo: hay una ética de la verdad historiográfica.

La polémica de Mitre-López deja la importante enseñanza de que, sean cuales fueran sus discrepancias historiográficas y filosóficas, no eran tantas que buscaran obsesivamente su cultivo con estrechez de espíritu, sino que indagaran en qué consistían las mismas, logrando finalmente ponerse de acuerdo. Lección de valor impercedero no sólo en el campo historiográfico, sino en el de la vida en general, particularmente en la vida de los hombres públicos.

Tales, en suma, los lineamientos del espíritu histórico y la conciencia cultural de Mitre, a quien Rubén Darío dedicó un poema del que entresacamos estos versos de justo homenaje:

*“Yo, que de la argentina tierra siento el influjo en mi mente,  
llevo mi palma y canto a la fiesta del gran argentino”.*

## RESUMEN

En la primera parte del trabajo se sostiene que Mitre ha sido, dentro de la generación del Constituyentes, el hombre que tuvo mayor conciencia de la cultura. Se verifica el acierto en algunos textos: la carta-prefacio a D.F. Sarmiento, con que encabezó Mitre la primera edición (1854) de su *Rimas*; el prólogo de su novela *Soledad* (1847) y los de sus traducciones de la *Divina Comedia* y de la obra de Víctor Hugo *Ruy Blas*. A ellos se agregan otros textos que muestran el lugar que daba a la historiografía y la filosofía de la historia.

La segunda parte trata del espíritu histórico de Mitre, el valor de los documentos, la crítica de los mismos, la necesidad de desprenderse de los prejuicios en la compulsión de la documentación y el re-

querimiento de narrar con objetividad. A ello se suma otras condiciones: clasificación y sistematización documental, reconstrucción y síntesis del acaecer histórico.

Finalmente, se presenta su filosofía de la historia, la posición del autor frente al historicismo romántico y el positivismo histórico, su concepto del fatalismo y la libertad, la moral y los valores en la historiografía, la futuración y el progreso, la filosofía política y el patriotismo en la historia y la polémica Mitre - López en su aspecto filosófico.